

... El café era teatro de costumbres, parlamento, universidad, academia..., y era, con todo esto, el gran estupefaciente de la clase media española...



## FERTILIAS DE CAFE

Por FRANCISCO DE COSSIO

El café, como remanso de tiempo para la divagación, la murmuración, el comentario sensacionalista y el refugio propicio para la aventura callejera es la obra más representativa del siglo XIX, pues en ella se resumen los males y los bienes del siglo, en ese anhelo de promiscuidad que trajo la democracia, buscando recintos para ella y encontrando, al fin, uno dinámico: el ómnibus y el tranvía, y otro estático: el café.

Los sistemas políticos se sirven de instrumentos, en apariencia ajenos a la política, para imponer sus normas, y el instrumento más eficiente de la democracia del siglo XIX lo fué el café, que servía a todos los fines de la discusión, de la polémica, de la oratoria, del periodismo vivo que no necesita papel, del libre examen... y como consecuencia de la libertad verbal que, en el café, se ejercitaba con la falacia, la difamación, la calumnia... En este aspecto el café era teatro de costumbres, parlamento, universidad, academia..., y era, con todo esto, el gran estupefaciente de la clase media española que salía de las casas inhóspitas, frías, olientes a berza cocida, con pasillos tenebrosos y muebles incómodos, a reclinarsse en los divanes rojos de los cafés y consumir en ellos más que el café, que no siempre era café, las horas, el tiempo. Los pies se iban solos al café, y los cafés acababan por constituir una casa tibia, confortable, con buena luz de gas, con periódicos gratuitos y siempre con gente que entraba y salía, que gritaba y manoteaba, que discutía apasionadamente y que traía y llevaba cuentos.

No había entonces prisa. La vida apenas exigía esfuerzo, y el café representaba el gran remanso que moderaba y aun inutilizaba toda actividad. No había pretexto para salir del café. Allí se podía comer y aun dormir, y lo que entonces era vida nacional se representaba allí, cuando no se creaba allí. Cuando en mis correrías por el mundo he visto las grandes plantaciones de café, he pensado siempre en la influencia que este producto ha ejercido en las costumbres del siglo XIX. Parece ser que el café actúa sobre el corazón y el sistema nervioso para prestarles fuerza y vitalidad; pues bien, en España el café servía, esencialmente, para vagar y divagar, para no tener prisa, para consumir tiempo y tiempo sobre un diván rojo, en una

